

Don Bosco, inseparablemente sacerdote y educador

Sergio Checchi
Boletín Salesiano Centroamérica

Ser sacerdote: un sueño que se hace realidad

Cuando en noviembre de 1831 Juan Bosco, muchacho de 16 años, se puso en camino hacia Chieri para iniciar allí sus estudios de bachillerato, lo acompañó un amigo suyo de la misma edad: Juan Filippello. Mientras caminaban, Bosco contaba al compañero muchas cosas que había aprendido en la escuela, en la iglesia y en la vida, todo salpicado de oportunas reflexiones.

Tras dos horas de andar, se sentaron a descansar un poco, y Bosco seguía contando. A un cierto punto, Filippello lo interrumpió: “¿Vas a estudiar y ya sabes tantas cosas? ¡Pronto llegarás a ser párroco!” Juan Bosco le respondió prontamente: “¿Párroco? No, querido Filippello, yo no seré párroco. Voy a estudiar porque quiero consagrar mi vida a los muchachos”. Sacerdote sí, pero no párroco. Juan Bosco no será párroco, será sacerdote para los jóvenes, sacerdote educador.

Pasaron diez años. Don Bosco ya tenía veintiséis, ya era sacerdote. Le ofrecieron varios empleos: ser profesor en casa de una noble familia genovesa, ser capellán en la aldea de Murialdo, ser vicopárroco de Castelnuovo. Animado por Don Cafasso, Don Bosco no aceptó ninguno; sentía que no era ésa su vocación. Entró al Colegio Eclesiástico de Turín para estudiar Teología Moral y entrenarse en el ministerio sacerdotal. Entre tanto, comenzó la obra del Oratorio.

Cuando, pasados tres años allí, tenía que despedirse del Colegio Eclesiástico, lo llamó su director Don Cafasso y le dijo: “Ya ha acabado usted sus estudios; ahora, a trabajar, porque la cosecha es abundante. ¿A qué se siente más inclinado?” Y le indicó tres empleos: “¿Qué elige? ¿No se inclina más a una cosa que a otra?” “Mi inclinación – contestó Don Bosco – es hacia la juventud”. Continuó Don Cafasso: “¿Qué es lo que llena en este momento su corazón, qué da vueltas en su mente?” “En este momento me parece encontrarme en medio de una multitud de muchachos que me piden ayuda”.

Y nuevamente rehusó los empleos que le ofrecían; no podía aceptarlos, lo habrían apartado de su dedicación a los jóvenes. Y siguió entregado a su misión educativa entre los muchachos del pueblo. Entre tanto, oficialmente era el director espiritual de las obras sociales de la marquesa Julieta de Barolo. Eso le facilitaba un lugar donde vivir y un cierto sueldo.

Pasaron dos años. Un día lo llama la señora marquesa y muy seria le dice: “Estoy muy contenta de usted. Pero me preocupa su salud; usted no puede seguir con la dirección de mis obras y estar al frente de esos muchachos abandonados. Dedíquese a lo que realmente es su obligación y suspenda en absoluto su preocupación por los chicos. ¿Qué me dice a esto?” “Señora marquesa, – contestó Don Bosco –, usted tiene dinero y encontrará fácilmente a otros sacerdotes para sus obras. Pero yo no puedo abandonar a mis muchachos. Mi vida la tengo consagrada al bien de la juventud”.

Y fue despedido. También los colaboradores lo abandonaron. Don Bosco se quedó prácticamente solo, en la calle y sin sueldo, con sus cuatrocientos muchachos. Solo; pero conservaba su tesoro: los jóvenes.

Desde muy pequeño, Juanito Bosco quería ser sacerdote. Mientras la vaca pastaba, leía y leía. A los amiguitos que lo invitaban a dejar el libro e ir a jugar, les respondió: “Déjenme, porque quiero estudiar y hacerme sacerdote”.

Cómo vivir el sacerdocio

Sacerdote, pero ¿sacerdote para qué? Cuando a la edad de nueve años tuvo su primer sueño-visión, no se le dijo que sería sacerdote, pero se le indicó el campo en que trabajaría: “No con

golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte, pues, ahora mismo a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud”. Cuando a la mañana siguiente contó el sueño, escuchó de sus hermanos diversas interpretaciones; pero la mamá algo intuyó: “¡Quién sabe si un día serás sacerdote!” Sacerdote en medio de aquella multitud de chiquillos que jugaban, peleaban y blasfemaban.

Cuando más tarde Juan estaba en Castelnuovo cursando la escuela primaria, a menudo veía pasar al párroco y se le acercaba para saludarlo. El buen sacerdote devolvía el saludo con seriedad y cortesía, y continuaba su camino, sin decir jamás una palabra afable al muchacho. Juan se sentía mal; después se desahogaba con su mamá: “Si yo fuera sacerdote, haría muy diversamente: me acercaría a los niños, los llamaría a mi lado, les diría una buena palabra, les daría buenos consejos y me entregaría por completo a procurar su eterna salvación”.

Juan Bosco entró al Seminario en 1835. Una de sus primeras impresiones fue que los superiores no se acercaban a los alumnos, casi no se les veía; los seminaristas les tenían cierto temor. Recordando aquellos días, escribe Don Bosco: “Esto avivaba en mi corazón los deseos de ser cuanto antes sacerdote para meterme en medio de los jóvenes, estar con ellos y ayudarlos en todo”.

Llegados a este punto, nos preguntamos un poco desconcertados: ¿Cuál fue, al fin, la vocación de Don Bosco: la de sacerdote o la de educador? O, al menos, ¿cuál de ellas fue primero? ¿cuál fue la que inspiró toda su vida y su actividad? Porque uno podría sentirse llamado al sacerdocio sin ninguna inclinación por las tareas educativas; otro, por el contrario, podría sentirse atraído por el ideal del educador y nada por la misión sacerdotal. ¿Quién no ha conocido a óptimos párrocos entregados al bien de su rebaño, atendiendo asociaciones y movimientos, pero que no sintonizan con los jóvenes? ¿Y quién no ha conocido a buenos papás y mamás, profesores y maestras, con excelentes cualidades pedagógicas, que no son sacerdotes ni han deseado serlo? Son dos vocaciones distintas, dos misiones.

Pero en Don Bosco las dos emergieron juntas, las dos se fundieron en una sola vocación: ser sacerdote al servicio de la juventud. Desde muy pequeño quiso ser sacerdote y siempre quiso serlo para los muchachos. Hemos oído lo que Juan contestó a sus compañeritos de pastoreo, a su amigo Filippello, a su mamá Margarita, a su confesor Don Cafasso, a su bienhechora la marquesa Barolo: ¡sacerdote para los jóvenes!

En sus sueños Don Bosco siempre se veía como sacerdote en medio de jóvenes en peligro. Su delicia era confesar a los muchachos, predicarles, jugar y dialogar con ellos, aconsejarlos y orientarlos. **Nunca se sintió sacerdote “genérico”**. Nunca permitió que nada lo alejara o distrajera de los muchachos. Para estar dedicado a ellos, Don Bosco rehusó empleos, cargos y títulos honoríficos. Se los decía: “Yo aquí con ustedes me siento bien, mi vida realmente es estar con ustedes. Yo por ustedes vivo, por ustedes estudio, por ustedes trabajo; por ustedes estoy dispuesto incluso a dar mi vida”. Desde Roma les escribía: “Cerca o lejos, yo pienso siempre en ustedes; ustedes son el único afán de mi corazón. Y el no verlos ni oírlos me causa una pena que no pueden imaginarse. Mi deseo más ardiente es verlos felices aquí en la tierra y en la eternidad”.

Don Bosco valoraba la juventud, sabía que es la edad decisiva del hombre, edad hermosa pero frágil, generosa pero expuesta, cuando se toman las grandes decisiones de la vida: “La juventud – escribía – es la porción más delicada y valiosa de la sociedad”. Pero conocía también la triste condición real de los muchachos de las periferias de Turín, muchachos pobres, solos, analfabetos, desarraigados, explotados, expuestos a la delincuencia, potenciales presas de sectas políticas o religiosas. Por eso repitió varias veces: “He prometido a Dios que hasta mi último aliento será para mis pobres jóvenes”.

Don Bosco miraba en profundidad, miraba más adentro, desde una concepción integral de la persona. Para él el muchacho no es solamente cuerpo, no es solamente cerebro, ni solamente necesidad de afecto e inserción social; es también, y sobre todo, imagen de Dios, hijo de Dios, redimido por Cristo, llamado a la eterna amistad con Dios.

Don Bosco toma al muchacho en toda su rica complejidad y sabe proporcionarle pan y estudio, juego y capacitación profesional, canto, música y teatro, amistad y clima de familia. Pero también le ofrece el catecismo y la palabra de Dios, el perdón de los pecados y el pan de la Eucaristía, el amor materno de María Santísima y la invitación a la santidad. Cosas todas que la educación iluminista y laicista había olvidado, con grave mutilación de las necesidades y anhelos más profundos de los muchachos. Cosas todas que sólo el creyente puede darles desde la capacidad de entrar hasta lo más profundo del corazón, allí donde el muchacho se encuentra consigo mismo y con Dios, donde gesta el arrepentimiento y las grandes decisiones.

Así quiso ser Don Bosco: sacerdote-educador, educador-sacerdote. Eso fue gratuito don de Dios a Juanito Bosco, pero también lúcida opción de vida del mismo Don Bosco.